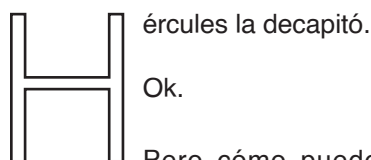


La Hidra

■ ■ Víctor M. Campos*



Hércules la decapitó.

Ok.

Pero cómo puedo adaptar tal solución a mi caso. La mía dirige esta oficina. Ella manda: yo obedezco. El sonido de sus tacones en la escalera es lo primero que se hace presente. Escalera y pasillos, luego, su fugaz e imperativo “Buenos días” que todavía no acaba cuando ya acabó y te está interrogando: que, si ya hice esto, aquello; que cómo va lo otro. ¿Qué le importa si he comido, dormido; qué sabe de mis propios asuntos pendientes? Por ejemplo, el cuento para hoy... Pásame la lista de asistencia al congreso; ah, te pedí las gráficas sobre los ponentes; ¿cómo vas con...? Así se las gasta. Su perfume floral mezclado con la grasa y la cebolla del desayuno traspasa el tapabocas. Cuando le platico al de intendencia se queda pensativo: apoya una mano sobre otra y, a su vez, ambas sobre el palo del trapeador. A él también se la ha hecho cansada: como la vez que le gritó por... Dime qué citas tengo para mañana; ah, y anótame una más: sí, a la 1; no me importa: cancela ésa y anota la que te dije. El de intendencia vuelve de su larga elucubración, habla y dice lo que piensa. Sonríe, pero cuando describe su plan, ya no. Hércules y él se entenderían. Dice que sabe dónde vive la Hidra y que sería fácil. Por suerte, el sonido de los tacones en la escalera nos interrumpe. El de intendencia carraspea y desaparece. No sin antes decirme que lo piense. ¿Que piense qué? La Hidra tiene un superior y a él sí le habla amable, servilmente. Su voz se aflauta y lastima el oído. Le escurre miel a sus palabras: sí, doctor, cómo no, con mucho gusto. Alguien va a tener que limpiar toda esa miel. El oficio... ¿dónde quedó? La Hidra sostiene el teléfono entre hombro y oreja. Me truenan los dedos mientras busco. El oficio, el oficio, el orificio. De algo así daba detalles

espeluznantes el de intendencia. Al fin lo encuentro y la Hidra me lo arrebató. Con señas pide que vaya por su jugo verde: la uña de acrílico con brillantitos apunta hacia el vaso encima del archivero. Luego, ese dedo índice señala el puesto de jugos que se ve por la ventana. Jugo verde, galletas de avena; que le pida pepino y jícama para la hora de la comida. Nada más. En el pasillo me encuentro al de intendencia. “¿Tons qué? Nomás un susto pa’ que le baje”. Deja lo pienso, le digo, para sacármelo de encima. Me palmotea la espalda. Voy. Pido. Vuelvo. Jugo de avena y galletas verdes. Que si no puse atención, o qué; que si ya me di cuenta de que al oficio le falta un sello; que qué estoy esperando para ir a la dirección por el sello que falta. Tira las galletas a la basura. Su voz, ahora, es otra: no hay miel, sólo veneno. Dos voces, dos personas en el mismo mostro, o viceversa. Voy. Sello. Vuelvo. Pero, antes, el de intendencia me intercepta y me enseña, con disimulo, su navaja. Me guiña el ojo y emite una serie de silbidos cortos, penetrantes, mientras lo acompaña con su mímica atroz. Piénsalo. En lo único que pienso es en que no alcanzaré a llevar cuento para hoy. Debería escribir sobre la Hidra, en corto, en crudo, sin pensarlo mucho. Eso es lo que dice el de intendencia. El sello que falta no era el de dirección sino el de la secretaría tal. Respiro, me aclaro la garganta, le digo que... La Hidra me arrebató los papeles y en su majadería derrama el vaso de jugo. Mira lo que hiciste, dice. Ahora quien respira es ella. Da la vuelta y se va. Algo murmura. Por el pasillo se encuentra al de intendencia y lo manda a limpiar: ¿Tons qué?, pregunta apenas al llegar. Nomás un susto.

Ok.

Chocamos los puños cuando el sonido de los tacones en la escalera se hace presente.

* El autor se formó en el Taller Levrieriano de Escritura Creativa dirigido por Carmen Simón. Es licenciado en docencia del Arte por la UAQ. También es cuentista publicado por el Fondo Editorial de Querétaro y en revistas de Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador, España, Estados Unidos, México, Perú y Venezuela